

quería quedarse con Roma, Toscana, el Piamonte, Holanda y, lo que era aún más grave, con las provincias anseáticas. No concedía ningún aumento territorial á Rusia, y respecto á Inglaterra, manifestaba que podría retener las colonias que quitara á Francia. En España debía seguir reinando José, y en Nápoles, Murat. Esto era tanto como renunciar á toda esperanza de arreglo; pues no cabía en cabeza humana suponer que Austria iba á seguirle por tal camino, sin obtener más compensación si acaso que las provincias ilirias, cuando rusos é ingleses ofrecían al gobierno de Viena restituirle cuanto había perdido en Italia y en Alemania.

No hubo decreto que el Senado francés no votara complaciente á instancias del Emperador; pero en la nación cundían la inquietud y el desasosiego, no oyéndose en las plazas y lugares públicos sino censuras y amargas quejas. En el arrabal de San Antonio, un mozo inscripto interpeló audazmente á Napoleón, y la gente impidió á la policía detenerlo; en los mercados se clamaba contra Bonaparte, á quien negábanse ya su título y su nombre imperial. En las provincias, el disgusto se manifestaba aun más francamente que en París; sobre todo, en la Vendée y en Bretaña, la desertión de los reclutas era moneda corriente, teniendo que ir columnas móviles á registrar los bosques en persecución de los fugitivos. Muchos mozos se hacían extraer los dientes delanteros para no poder romper el cartucho, ó se cortaban el dedo índice, con lo que, sin embargo, nada conseguían, pues eran destinados á prestar servicio en los acarreos y en las ambulancias. Como consecuencia de la requisita universal y permanente de hombres y caballos, el ministro de lo Interior impuso á las mujeres y niños la obligación de labrar la tierra á golpes de azada. Napoleón trató de contrarrestar el efecto de las demostraciones populares por medio de las oficiales, é hizo que las ciudades, es decir, los funcionarios que se suponía las representaban, le ofreciesen soldados de caballería, armados y equipados, pudiendo reunir de esta manera hasta veintidós mil caballos. De los quinientos mil hombres que se proponía poner en pie de guerra, consiguió tener listos en Febrero trescientos cuarenta mil: esperaba completar el resto en el transcurso del año. Reforzando los restos del Gran Ejército, se formaron dos cuerpos, á las órdenes de Davout y de Victor; organizóse otro en el Elba, que se envió á Eugenio, y dos más en la línea del Rhin, que se pusieron bajo el mando de Ney el uno y el otro de Marmont, á quien se mandó ir de España, de donde también se llevaron muchos regimientos. Para abrir la campaña, se llegó á contar con seiscientos cañones, cuyo número debía elevarse á mil dos meses después; además de los veintidós mil caballos que Francia había dado, se requisaron otros quince mil, y finalmente, reconstituyóse la guardia en vastas proporciones.

Se necesitaban enormes recursos para tales armamentos, pero la situación de la Hacienda pública era angustiosa, saldándose con déficit todos los presupuestos; y por otra parte, ya no era posible vivir á expensas del extranjero, pues no se debía descontentar á

aliados cuya actitud era muy sospechosa. Napoleón guardaba en las Tullerías una reserva secreta de ciento sesenta millones de francos, que provenía casi en su totalidad de las rentas acumuladas de la lista civil; mas no quería agotarla, ni se atrevía á aumentar los impuestos, ni osaba hacer una nueva emisión de papel del Estado, temiendo que el capital, tan asustadizo, hubiese sido demasiado exigente, revelando con su falta de confianza la debilidad del gobierno. Para salir del apuro, el Emperador echó mano de los bienes de propios municipales, de cuya venta se encargó á la Caja de Amortización, entregando á los pueblos láminas del Tesoro, que producían un interés equivalente á la renta de dichos bienes. Por de pronto, los municipios no parecían perjudicados, pero se empeoraba su situación para lo porvenir, porque el valor relativo del interés decrece con el tiempo mientras el valor de las tierras va subiendo.

Deseoso Napoleón de arrebatar á sus enemigos un arma que esgrimían contra él, procuró reconciliarse con el Papa, al menos en apariencia. Ya dijimos que, en Mayo de mil ochocientos doce, estando en Dresde, había mandado trasladar secretamente de Savonia á Fontainebleau al anciano Pontífice. Cayó éste gravemente enfermo al atravesar el Mont-Cenis, tanto que hubieron de sacramentarle el catorce de Junio; mas órdenes recibidas de Turin le obligaron á continuar el viaje aquella misma noche. Llegado á Fontainebleau, estuvo en cama por espacio de muchos meses, luchando con la muerte. Durante su enfermedad, no se permitió acercarse á su cabecera sino á los cardenales «rojos» y á los prelados adictos á Napoleón, los cuales pintaban al Papa con los colores más sombríos el estado de la Iglesia, los peligros de un cisma internacional, las intrigas de las sectas, y lo representaban que el único remedio á tantos males se hallaba, á su juicio, en la reconciliación con el Emperador, el cual al regresar de Rusia la deseaba ardientemente, por la razón que hemos indicado. Sin embargo, las primeras proposiciones de Napoleón, al reanudar los tratos, espantaron al Pontífice, á quien aquél exigía que reconociese la declaración galicana de mil seiscientos ochenta y dos, que residiera en París, que otorgara á los soberanos católicos el derecho de elegir las dos terceras partes de los cardenales y otros extremos no menos graves. Pío VII era presa de vivísima angustia, cuando Napoleón entró bruscamente en Fontainebleau, el diez de Enero, y sin dar tiempo al Papa á ponerse en guardia, le abrazó llamándole «padre mío». Pío VII, aturdido y lleno de emoción, no se atrevió á rechazar estas singulares demostraciones. Después, Pontífice y Emperador celebraron á solas varias conferencias, acerca de las cuales han circulado muchas fábulas; realmente no se sabe lo que pasó en ellas. Es de creer, si se juzga por los resultados, que Napoleón no se colocó en actitud tan intransigente al principio sino para dar más importancia á sus concesiones posteriores. De cualquier modo, ofreció al Papa la residencia de Avignon, en lugar de París, y le dejó el nombramiento de los obispos de gran parte de las diócesis de Francia é Italia; fingióse muy católico ante él, prometiéndole

restaurar la Iglesia en los países protestantes, sometidos al Imperio, y ni siquiera le pidió que renunciase al poder temporal en términos formales. Pío VII se resignó, firmándose un nuevo Concordato el veinticinco de Enero. Al día siguiente, Savarry ponía en libertad, por orden de Bonaparte, á los cardenales «negros».

Pío VII no tardó en arrepentirse de haber condescendido á los deseos de Napoleón, sobre todo, desde que pudo hablar con Di Pietro, Consalvi, Pacca y otros miembros de su Consistorio. El Emperador, que sólo aspiraba á cubrir las apariencias, como suele decirse, curóse poco del cambio de opiniones del Pontífice y se apresuró á promulgar el Concordato de Fontainebleau como ley del Estado, ordenado cantar un *Te Deum*, en acción de gracias por su reconciliación con la Santa Sede. Entonces, Pío VII escribió de su propio puño al Emperador una carta, dictada por Consalvi, retractándose de su firma; Napoleón encerró la carta bajo llave, é impidió con amenazas terribles que se publicara.

Queriendo en seguida velar la realidad en la esfera política, del mismo modo que en la religiosa, convocó al Cuerpo Legislativo, que el año precedente no se reuniera, y abrió en persona sus sesiones. Sin embargo, el discurso que pronunció en este acto era poco tranquilizador; pues se redujo á una especie de arenga, llena de bravatas, donde proclamaba nuevamente la integridad del territorio del Imperio.

En el interin, los acontecimientos se precipitaban en Alemania. Desde los primeros momentos, la provincia de Prusia Oriental estaba en plena insurrección, como hemos dicho, aunque los planes de Stein, que tenía plenos poderes del emperador Alejandro, tropezaron con los escrúpulos de los prusianos York, Schœn, Dohna, Auerswald y otros generales, los cuales, desconfiando de los rusos y habiendo llevado muy á mal que estos ocupasen á Memel, sólo autorizaron á Stein para convocar los Estados de la provincia, obligándole á poco á abandonar la ciudad. Esto no obstante, los Estados desempeñaron cumplidamente su obra redentora y acordaron la organización de la *landwehr* y de la *landsturm*, con lo que sacaron sesenta mil combatientes de una población de un millón de almas. El ardor patriótico propagóse al resto de Prusia, al punto que, cuando Federico Guillermo abandonó á Berlin, como anunciara, para establecerse en Breslau, única población de su monarquía en que aun era verdaderamente rey, pobló los aires un grito de entusiasmo, robusteciéndose la esperanza de estar próximo el día de la emancipación al publicarse el diez de Febrero, en la *Gaceta privilegiada de Silesia*, un decreto, datado del tres, donde se disponía la formación de divisiones de cazadores voluntarios, y otro, fechado el nueve, que suprimía para mientras durase la guerra las exenciones del servicio militar, admitidas por la ley. El llamamiento del día tres comprendía á los mozos de diez y siete á veinticuatro años. Los jóvenes hasta entonces exentos pertenecían á la clase media de las ciudades á las profesiones liberales, á las industriales y mercantiles, todas las cuales contestaron con un movimiento unánime, como si la nación entera formase un solo cuerpo animado del

mismo espíritu. Los jóvenes mayores de veinticuatro años, que no eran llamados ni como soldados voluntarios ni como forzosos, se sintieron heridos en su patriotismo, produciéndose con este motivo tanta excitación que el canciller hubo de declarar públicamente que, al fijarse la edad para el servicio, no se había pretendido excluir á los que, teniéndola mayor, quisieran alistarse en concepto de voluntarios. El gobierno no decía contra quién iban dirigidos estos armamentos; pero las sociedades secretas se encargaban de revelarlo, y era difícil, por otra parte, convencer á nadie de que su único objeto consistía en aumentar el ejército auxiliar. Napoleón, receloso de suyo, por más que no sospechase todavía el extraordinario alcance de las medidas adoptadas, mandó escribir á su representante Saint-Marsan, que era preciso poner término á la gran leva que estaba haciéndose en Prusia con oficiales en quienes no debía confiarse, con lo que aludía sin duda á Scharnhorst. Handemberg procuró tranquilizar á Saint-Marsan, diciéndole que Prusia necesitaba armarse á fin de hacer respetar la neutralidad de Silesia, mas aquél insistió á los pocos días en sus observaciones, y viendo que se solicitaba un armisticio, en cuya virtud las tropas imperiales habían de retirarse al otro lado del Elba y evacuar y ceder á los prusianos las fortalezas del Oder, como asimismo que se prohibía al general Bulow recibir órdenes de los franceses, expuso que su señor no podría menos de pensar que todo esto iba encaminado al rompimiento con Francia y que, de consiguiente, tomaría venganza firmando paces con Rusia á expensas de Prusia, condenada en tal caso á desaparecer del mapa. Handemberg, indignado al oír estas palabras, soltando por vez primera los frenos del disimulo, contestó que si Napoleón intentaba llevar á efecto semejante amenaza, encontraría allí una segunda España, dispuesta á toda clase de sacrificios, estando resuelto el Rey, rodeado de sus fieles súbditos, á defenderse, mientras alentara, contra sus injustos agresores. Recobrando en seguida la calma, esforzóse en desvanecer las aprensiones de Saint-Marsan, el cual continuó gozando, al aparecer, de la omnimoda confianza de la corte de Breslau. Pero si el Rey y los ministros necesitaban todavía ocultar sus verdaderos sentimientos, no faltaban en la misma ciudad de Breslau personas que rehusaban someterse á tal violencia.

Steffens, profesor de Física é Historia Natural, había tenido conocimiento del decreto de tres de Febrero, antes de ser dado á la imprenta, y su lectura le conmovió profundamente. Así, en la mañana del día ocho, después de explicar su lección de Historia Natural, ante un auditorio muy poco numeroso, terminó la clase con las siguientes palabras: «Señores, á las once he de dar una segunda conferencia; mas aprovecharé el tiempo hablando con ustedes de un asunto de mayor importancia. El llamamiento que hace S. M. á la juventud para que se arme voluntariamente, ha aparecido ya ó aparecerá hoy mismo; de él hablaré en mi discurso y deseo que lo sepan todos. Nada importa que en estos momentos se dejen atrás las demás explicaciones, y espero que acudirán tantos como pueda

contener esta sala». Cuando á las dos horas se presentó nuevamente Steffens, el aula estaba llena y la gente se apiñaba á la puerta é invadía el vestibulo, la escalera y hasta la calle. Lo que después pasó lo refiere el mismo honrado profesor: «Lo que quería decir, escribe, exaltaba lo más íntimo de mi sér: ahora y en tales circunstancias, iba á decir lo que por espacio de cinco años había pesado como losa de plomo sobre mi alma; iba á ser el primero en anunciar públicamente que había sonado la hora de la salvación de Alemania, de Europa entera. Mi agitación interna era infinita, y en vano procuraba coordinar mis ideas; pero imaginábame que algunos espíritus me fortalecían, prometiéndome su auxilio, y ansiaba poner fin á este silencio martirizador. Sólo un pensamiento me dominaba. ¡Cuántas veces, me decía, te lamentaste de verte confinado en este rincón de Alemania! Pues bien; este rincón se ha convertido ahora en el centro que todo lo abarca y entusiasma; aquí comienza una nueva era de la historia, y tú puedes explicar qué es lo que impulsa á esta agitada multitud.—Mis ojos se arrasaron de lágrimas, y cayendo de rodillas, hallé la calma en la oración. Atravesé, pues, por entre el gentío y subí á mi cátedra. No sé lo que dije, y si al final de mi discurso me hubiesen preguntado acerca del particular, no habría podido dar idea de mi peroración. El reprimido dolor de los años pasados en la desgracia traduciase en mis palabras, que no hacían sino reproducir el ardiente sentimiento de la multitud vejada. Nada nuevo expuse; lo que hablé repetiánselo todos en su interior, y por eso precisamente produje una impresión profunda, pues resonaba como un eco en cada alma. Ya se comprenderá que al paso que estimulé á la juventud, le manifesté mi firme propósito de compartir con ella los peligros de la guerra». Y en efecto, el levantamiento nacional en Breslau y Silesia comenzó con la inscripción de Steffens y de doscientos estudiantes en el batallón de cazadores voluntarios. «Steffens, os felicito, no sabéis todo el bien que habéis hecho», dijo Scharnhorst al profesor cuando fué á visitarle. Saint-Marsan, muy alarmado, corrió á ver á Handemberg: «¡Cómo! exclamó, ¿qué significa esto? ¿pensamos vivir en paz con vosotros y aun os creemos nuestros aliados, y un profesor de la universidad se atreve, á la vista del Rey, á declararnos la guerra!» Handemberg le respondió: «La disposición de ánimo del pueblo y la juventud no puede ser para vos ningún secreto; no podemos evitar que se hable, y sólo tenemos noticia de los discursos después que han sido pronunciados. El rey los desautoriza. Si pedís satisfacción, se os dará; mas no debemos ocultaros que cualquier paso que se dé contra los oradores imprudentes, los convertirá en mártires y será causa de una agitación que nos pondría en gravísimo aprieto y que difícilmente podríamos dominar.

Los alumnos de las demás universidades, gimnasios y colegios del gobierno siguieron el ejemplo de sus compañeros de Breslau. Cubriéronse las listas de voluntarios, pertenecientes á todas las clases sociales y posiciones, sin distinción de edades. La teoría del deber formulada por Kant y el heroísmo predicado por Schiller impulsaban á la juventud

á la lucha, y ennoblecieron sus combates y padecimientos. Prusia presentó un espectáculo admirable. La población entera, aunque empobrecida por la guerra y las contribuciones se deshacía de los restos de su riqueza para facilitar recursos al exhausto Tesoro. Los agricultores entregaban sus caballos y vaciaban sus graneros; los ricos donaban objetos de oro y plata; los criados se desprendían de sus ahorros; los niños rompían sus huchas, y hasta daban su óbolo los mendigos; los matrimonios aportaban sus anillos nupciales, recibiendo, en cambio, otros donde se leía esta inscripción: «Hierro por oro»; las damas se despojaban de sus aderezos, de sus arracadas, de sus sortijas, de sus alfileres, y hubo doncella que, no teniendo nada que ofrecer, se cortó su hermosa cabellera, la vendió y llevó alegremente el precio al acerbo común.

A pesar de todo, aún no se nombraba al enemigo; pero llegó en esto de París la contestación á las proposiciones de Federico Guillermo. Napoleón negábase á entregarle los cuarenta y seis millones que le reclamaba, así como á restituírle las plazas fuertes del Oder y el Vístula. El rey de Prusia se decidió entonces á pactar con el czar Alejandro, y el veintiocho de Febrero celebraron ambos soberanos el tratado de alianza de Kalisch, donde se estipulaba la restitución á Prusia de sus límites de mil ochocientos seis y la independencia de Alemania. Las partes contratantes se obligaban á no ajustar paces por separado, prometiendo Rusia contribuir á la guerra con ciento cincuenta mil hombres y Prusia con ochenta mil, si bien este era un *minimum*, que pronto se proponía rebasar.

Los ejércitos rusos avanzaban al encuentro del Príncipe Eugenio; pero teniendo que cubrir su derecha amenazada por las guarniciones francesas de las plazas situadas en el curso interior del Vístula, y proteger su izquierda, que podían acometer los austriacos de Schwarzenberg y los polacos de Poniatowski, les quedaban pocas fuerzas disponibles para la operación principal, por lo que el virrey Eugenio los hubiera detenido fácilmente á haberle prestado eficaz apoyo Schwarzenberg; pero éste se retiró de Varsovia á Cracovia, so pretexto de que sus depósitos y almacenes estaban en Galitzia. Los polacos, demasiado débiles para luchar solos, debieron seguir á los austriacos, y el príncipe Eugenio, viendo descubierta su derecha se replegó de Posen á Francfort del Oder, de Francfort á Berlín y de Berlín á Magdeburgo, desde donde volvió á ganar las orillas del Elba, el cinco de Marzo. El quince de este mismo mes, era recibido triunfalmente el emperador Alejandro en Breslau, y el diez y siete, Prusia declaraba la guerra á Francia, organizando Federico Guillermo la *landwehr* en todo el territorio y excitando al país al levantamiento en masa en aquella célebre proclama que empezaba: «¡Brandeburgueses, prusianos, silesianos, pomeranianos, lithuanieneses, sabéis cuanto habéis sufrido desde hace siete años! ¡Sabéis qué suerte debemos esperar si no terminamos con honra la lucha que comienza...!» Wittgenstein dirigió desde Kalisch un llamamiento análogo á los pueblos de Alemania: «¡La libertad ó la muerte! Sajones, alemanes, nuestros árboles genea-